

**“NUNCA MAS A UN CORDOBAZO:  
TRIBULACIONES Y OCASO DEL MOVIMIENTO  
POPULAR ARGENTINO (1976-1983)”.**

María Clara Iribarne

Documento de Trabajo N° 12 - Córdoba, 2007

Director de la serie Voces y Argumentos: Dr. César Teach

Esta publicación es financiada por un subsidio de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba.

## “NUNCA MAS A UN CORDOBAZO: TRIBULACIONES Y OCASO DEL MOVIMIENTO POPULAR ARGENTINO (1976-1983)”.

María Clara Iribarne<sup>1</sup>

### 1. Introducción.

Todo intento de reconstrucción del pasado tiene como horizonte de sentido la reflexión contemporánea. Mucho más si la tentativa de pensar nuestra contemporaneidad se inscribe en el espacio que habitamos –la Argentina- y en un tiempo relativamente cercano: 1976-1983.

Puede resultar paradójica esa selección temporal –la dictadura militar- esto es, precisamente un período en el que la suspensión de la actividad partidaria fue explícitamente planteada por las disposiciones normativas impuestas por los militares. Sin embargo, sospechamos que el reordenamiento instaurado por el gobierno de facto no solamente modificó el modelo de acumulación imperante hasta entonces, sino que comenzó a erosionar las matrices de identidad partidarias que parecían inmovibles hasta ese momento. El “Proceso de Reorganización Nacional” si bien culminó en un fracaso político –y tal vez cultural- logró consolidar una parte importante de los objetivos que se había planteado en sus bases programáticas.

Para acercarnos a esta discusión, proponemos un largo excursus intentando bosquejar 1) algunos elementos del contexto internacional que pueden ser entendidos como favorecedores de la instauración de regímenes autoritarios; 2) una aproximación al complejo contexto nacional signado por una enorme conflictividad política e imposibilidad de lograr consensos y 3) las transformaciones culturales, sociales y económicas que permiten sustentar el ocaso del movimiento popular a través del disciplinamiento provocado por la aplicación del terrorismo de estado.

El objetivo central que guía este trabajo está dado, en consecuencia, por la presunción de que este período supone un punto de inflexión en la historia política del país, y por consiguiente un eje desde el cual partir para poder significar nuestro presente. Por ello no intentaremos desarrollar un racconto histórico exhaustivo. No se trata de explicar la historia, tarea, por lo demás que los historiadores pueden realizar infinitamente mejor, sino de releerla y de interrogarla, de buscar algunos ejes que permitan comprender las continuidades y explicar las rupturas que implican en relación al pasado.

#### 1.1. Contexto internacional.

La crisis económica del '29 demuestra los límites de un determinado modelo de acumulación capitalista y abre la puerta para redefinir políticas que alejen del horizonte de expectativas el espectro de 1917. Nace de esta manera esa singular experiencia histórica que se conoció como el Estado benefactor de inspiración keynesiana. Esquemáticamente podemos decir que se asentaba en el reconocimiento de la centralidad del trabajo sobre la estructura capitalista, el desarrollo de políticas de sostén de la deman-

---

<sup>1</sup> Licenciada en Filosofía y docente en la cátedra de sociología de la UNRC. Cursó estudios de posgrado en Alemania, España y la Universidad Nacional de Río Cuarto. Su tesis de Maestría, en curso, plantea un análisis comparativo de las dictaduras y las políticas neoliberales en Argentina y Chile.

da efectiva a través del relanzamiento de las inversiones; el énfasis en la necesidad de una reconstrucción radical de la sociedad, y la gestación de una imagen de Estado como garante o mediador de la diversidad de intereses conflictivos. Esta singular construcción histórica expresa el reconocimiento de la transformación de la relación entre las fuerzas económicas en juego y la reestructuración adecuada de la función hegemónica del capital en este nuevo contexto. Los Estados Unidos liderarán en el sistema capitalista este proceso desde el fin de la segunda guerra mundial.

El mundo que emerge luego de la segunda guerra es un mundo caracterizado entonces por la preponderancia económica, política y militar de dos potencias rivales que acordarán sus áreas de influencia en la Conferencia de Yalta, poco antes de la rendición incondicional del Japón. El período que se extiende desde la postguerra hasta mediados de la década del '70 en las áreas de predominio "occidentales" estará signado por un modelo que se asienta en la **necesidad** de reconocimiento de la conflictividad inherente al modo de producción capitalista. La respuesta de estos países será la concreción de la ciudadanía política y la ciudadanía económica, pero bajo la matriz normalizadora de una *sociedad disciplinaria*. (Hardt-Negri: 2000). Con esta noción a lo que se alude es a que las formas políticas y jurídicas que emergieron del consenso de postguerra en la mayoría de los países capitalistas, estuvo asentada en el poder del capital y del Estado como garante del mismo.

La guerra fría fue la denominación que expresó la rivalidad de dos modelos económicos, políticos y militares y que configuró la sensibilidad y la interpretación de la historia de la segunda mitad del Siglo XX. Toda la política nacional e internacional estuvo demarcada por esta tensión entre las dos potencias rivales: los Estados Unidos de América, liderando el bloque de los países "democráticos" del mundo y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, al frente de los países de "igualdad efectiva" a través de la supresión de la propiedad privada. Esta disputa por dirigir la hegemonía internacional dividió al mundo y sus sociedades en dos bandos, sometiéndolos a los imperativos y las necesidades de esos imperios. Sólo el contexto de guerra fría -este conflicto de baja intensidad, que sin embargo escaló en diversas regiones del mundo provocando el sufrimiento y la devastación de sus poblaciones- permite explicar los procesos desencadenados en América Latina desde el fin de la Segunda Guerra.

La revolución cubana en 1958, - que se inscribe, en parte, en este conflicto- despertó la simpatía entre los estudiantes, trabajadores, intelectuales del mundo entero, la creciente contestación al modelo productivista y de control social llevado adelante por los trabajadores calificados, la gestación de un movimiento cultural cada vez más masivo e impugnador de los valores sobre los que se asentaba el poderío de los países desarrollados, la acentuación del deterioro de los términos de intercambio con los países pobres que despertó una alta conflictividad y una clara impugnación al modelo "imperialista"; supuso la necesidad de evitar la expansión de las ideas de la "nueva izquierda" y la ampliación de las áreas de dominio de la URSS. La Doctrina de Seguridad Nacional constituyó el instrumento adecuado para el control del área de influencia norteamericano en Latinoamérica.

## 1.2. La D.S.N.: la construcción del "otro interior".

El antecedente inmediato de la Doctrina de Seguridad Nacional es la experiencia represiva del colonialismo francés durante la ocupación de Indochina y Argelia y que se denominó "teoría de la contrainsurgencia"

Una de las preocupaciones centrales del gobierno de Estados Unidos estuvo planteada en el disciplinamiento de la población y de los gobiernos de la región. En la

visión imperante de la época se cernía la “amenaza comunista”. En consecuencia la defensa continental de esta coacción intangible fue erigida en un imperativo prioritario y desarrollado a partir de una serie de normativas y asesoramiento militar a los gobiernos de la región. Este proceso tiene su correlato en el desarrollo de un movimiento de modernización, profesionalización y homogeneización ideológica de las Fuerzas Armadas de América Latina. (Garretón M.: 1984)

El movimiento de hegemonización militar y defensivo de los norteamericanos data de 1940, con la necesidad de los propios Estados Unidos de expandir su economía y su área de influencia política, y se corresponde con la participación en la Segunda Guerra Mundial. A partir de ese momento se suceden una serie de Conferencias tendientes a profundizar los lazos y la “cooperación” entre las diferentes naciones del continente. En 1947 se firma el Tratado de asistencia recíproca, denominado TIAR, en Río de Janeiro y un año más tarde se establece en Bogotá, la Carta de Organización de Estados Americanos (OEA), donde entre otras cosas se estipula la creación de un Comité Consultivo de Defensa que dará lugar a la concreción de la Junta Interamericana de Defensa (JID).

Pero no es sino hasta después de la Revolución cubana que el gobierno estadounidense (durante la gestión Kennedy) (Chomsky: 2000) busca redefinir el rol de las Fuerzas Armadas de los países del continente, girando la hipótesis de conflicto desde la amenaza externa hacia la amenaza interior de cada uno de los países. A partir de 1962 en ocasión de la Primera Conferencia de Comandantes de Ejércitos Americanos, comienza a cobrar forma la asistencia concreta en equipamientos de material bélico liviano, medios de comunicación, entrenamiento para oficiales y suboficiales de ejércitos americanos y operaciones y maniobras conjuntas. (Viaggio, J.J: 1985)

Varios son los tópicos que se presentan conformando la D.S.N. En primer lugar la amenaza comunista, sustentada en la cosmovisión epocal de la guerra fría. Como consecuencia directa de esta visión surge la noción de las fronteras ideológicas. El enemigo -el comunismo- se encontraba, de acuerdo a esta mirada, “al acecho” para disputar el control de todas las manifestaciones de impugnación al orden establecido, listo a dar la batalla. El mundo percibido por la matriz de esta doctrina es un espacio de guerra permanente con diferentes grados de intensidad y en distintos frentes operativos. Bélicos, pero también culturales y políticos. La amenaza se desarrolla en el interior de los países y a partir del cuestionamiento al orden establecido. La noción de fronteras vivas, hace alusión a este estado de enorme militarización de la vida política que se verá expresad por la caracterización de la categoría “amigo-enemigo”. Esta visión deformada de las relaciones internacionales impregnó toda la vida política y cultural latinoamericana desde la década del sesenta hasta la debacle de los regímenes dictatoriales de los ochenta.

Decir que esta cosmovisión fue funcional a los intereses de los Estados Unidos pero también a los bloques de poder de cada uno de los países donde se implementó, de la mano de las Fuerzas Armadas, parece hoy de una obviedad absoluta. Pero la década del sesenta estuvo caracterizada por la revuelta a la sociedad disciplinaria (Negri-Hardt: 2000) Frente a sociedades cada vez más politizadas, frente al crecimiento del conflicto social y desnaturalización de las inequidades sobre las que se asientan la mayoría de los países latinoamericanos, la instrumentación represiva a las aspiraciones de cambio pudo ser encubierta con la construcción de un enemigo y el noble fin de la defensa nacional. En la lucha por la legitimación de los valores hegemónicos esta mistificación de los intereses sectoriales por el objetivo más general de resguardo de tradiciones y formas de vida “occidentales y cristianas” fue una operación exitosa. La disputa no era ya por la democratización política y económica de los países sino la necesi-

dad de salvaguardar la Nación de una agresión externa. Se forjó entonces la construcción del Otro, pero un otro no ya “bárbaro”, “extranjero”, sino el “otro” interior. Más peligroso aún porque se encuentra “agazapado” a la espera de su oportunidad. Las aspiraciones populares de democratización y redistribución de la riqueza devinieron ese “otro” y las Fuerzas Armadas se constituyeron en el brazo ejecutor de las políticas del bloque dominante. Entiendo la idea de “brazo” en un sentido no mecanicista; más funcional que determinista. Al respecto, se ha señalado con acierto la importancia del poder corporativo de los militares como institución. Alain Rouquiè ha sostenido que si bien el ejército era “objeto de una lucha entre sectores sociales” y estaba “en función de las clases dominantes”, sería un gran error “subestimar la naturaleza institucional del poder militar”, dado que la burocracia militar pertenecía “más al Estado que a la sociedad”. (Rouquiè A. 1986).

### 1.3. La Argentina del S.XX: la normalidad de la crisis política

Una constante de las clases dirigentes argentinas estuvo dada por su imposibilidad de gestar una representación política propia que impulsara en un esquema democrático los diversos intereses de ese estrato social. En este sentido puede entenderse la caracterización de O'Donnell como “crisis de dominación celular”. La alianza de las Fuerzas Armadas con las clases propietarias (fundamentalmente la vinculada al capitalismo terrateniente y financiero) fue persistente desde la constitución de la Nación argentina misma. La aparición tanto del radicalismo, como del peronismo en la escena política, implicaron el fin de la hegemonía de estos sectores, al instalarse en el imaginario colectivo como los fundadores de “la conquista de la democracia política” y “la ampliación de la ciudadanía social” (Tcach: 1996) respectivamente.

El ciclo de golpes de estado e interrupción del orden constitucional en la Argentina del S.XX es la expresión de impotencia de las élites para procesar en el terreno de la democracia la gestión de sus intereses. Es también la manifestación de la estrategia de reproducción de sus intereses en el partido del orden: las Fuerzas Armadas. *“La politización del ejército, la presión directa de las asociaciones de interés sectorial sobre el Estado, el sesgo movilizador en la gestación de las principales identidades y dinámicas interpartidarias basadas en prácticas de exclusión recíproca, hunden sus raíces en la formación de la Argentina contemporánea”* (Tcach; 1996: 26).

La Revolución Argentina (1966-69) liderada por Onganía puede ser analizada como el último gobierno militar que surge de las condiciones políticas y la alianza gestada durante la “contrarrevolución libertadora” (Horowicz: 1991) Después del cordobazo ya no habrá espacio para mantener la exclusión del peronismo sin hacer peligrar el sistema. Pero hasta el '69, la política de Onganía es la política de Krieger Vasena, y éste es el representante de las clases dominantes. La trama de intereses se organizará entonces a través del despliegue de políticas favorables al capital financiero, extranjero y local, a las industrias de características monopólicas, también en sus dos versiones, nacional y foráneas, y en menor medida en torno a los sectores del agro. Pero su programa de redistribución de la renta se asentaba tanto en la variable de ajuste salarial, (a través del congelamiento de los mismos) como de la devaluación de la moneda. Y esta medida se inscribía en la necesidad de la derrota sindical. (Horowicz; 1991) Por eso el “cordobazo”. Porque suponía un intento de subordinación del movimiento obrero.

El “cordobazo” puede leerse en clave de hecho bisagra. Por un lado porque expresa la incapacidad de las clases dominantes para imponer sus valores y pautas de conducta. Su hegemonía en la sociedad no podía hacer pie ni siquiera de la mano de la

ocupación del gobierno por parte de los militares, y al mismo tiempo porque abre la participación a una nueva alianza de actores políticos que hasta ese momento habían estado enfrentados: la clase obrera y las clases medias. El eje peronismo – antiperonismo (al menos en los términos de partido de la clase obrera) deja de tener sentido para una generación que nace a la vida política en ese momento particular.

La reacción conservadora deberá esperar unos años para poder articular a la sociedad en función de sus intereses. Pero esa espera significará que no se admitirá ya ningún resquicio para una nueva configuración política contestataria. *La implementación del Terrorismo de Estado de 1976-1983, hay que interpretarla en clave de conjuro: es un nunca más a un cordobazo*; es la necesidad de las clases dominantes de eliminar cualquier posibilidad de expresión de la lucha de clases y de afirmación de las Fuerzas Armadas como actor central y excluyente del sistema político

### 1.3.1. La agudización de las contradicciones: 1970-1976

Podríamos caracterizar la década del '70 del siglo XX como un momento cultural expresado por la revuelta. Vietnam, el pacifismo, estudiantes rebelados contra los mecanismos de reproducción de lo social, la revolución sexual, la reivindicación del derecho de las mujeres, los negros, los obreros. Aires de revolución. Aires de cambio. Aires de impugnación a la normalización de la vida. El poder estaba cuestionado. Se imponía una etapa de repliegue, de otorgar concesiones y diseñar nuevas estrategias que permitieran retomar el control de una generación sublevada. La primavera democrática no iba a durar demasiado. Ni en Argentina ni en el mundo. Esta dinámica social embebida de irreverencia iba a ser ferozmente combatida.

Es un tópico común, al menos desde 1983 y la concreción del documento NUNCA MAS encargado por el gobierno de Alfonsín (1983-1989) a una comisión de notables, explicar la década del 70 en Argentina en término de la “teoría de los dos demonios”. Es decir, frente a la violencia mesiánica de las formaciones especiales de la izquierda, se desató el Leviatán, con todo el peso de su poder, pero con absoluta impunidad. Impunidad que lo volvió ilícito. No se amparó en su ley, se amparó en las sombras. Esta visión esquematizada de esos años impide analizar la dinámica extraordinariamente conflictiva sobre la que se asentaba la Argentina de entonces.

Los primeros años de la década del 70 transcurren ante un conflicto social explícito que discute la distribución de la renta nacional, y por ende el proyecto político ordenador de la sociedad argentina. Sin embargo, el fin del ciclo de crecimiento obturó las posibilidades y anhelos redistribucionistas del tercer gobierno peronista. “En esas circunstancias, los protagonistas del pacto social, fogueados durante años en una lógica de presión corporativa directa sobre el Estado, fueron incapaces de conservar y redefinir sus acuerdos” (Tcach: 1996; 28) El pacto social sobre el que se asentaba el peronismo estaba condenado. En el plano interno, Perón intentó disciplinar a sus sectores más combativos y dinámicos, desplazándolos y potenciando en lugares estratégicos tanto del partido como del estado a los sectores vinculados a la burocracia sindical y a lo que se conocía como “la derecha” peronista. Bajo su amparo crecieron López Rega y la Triple A.

Montoneros y los sectores juveniles combativos, los “muchachos” sobre los que recayó el peso de la ofensiva del “luche y vuelve”, habían dejado de ser funcionales a las necesidades del General. Pero a diferencia del Partido Laborista en la época del peronismo histórico (Tcach,1991), las formaciones especiales no se resignaron a dar un paso al costado. Su suerte quedó sellada en Ezeiza mismo, cuando Perón decidió volver. Tras su muerte, su viuda, a cargo de la Presidencia, se encargaría de desplegar toda la represión –legal e ilegal- sobre ellos.

En el año 1975 el conjunto de las organizaciones armadas, peronistas y no-peronistas, habían sido derrotadas en el plano militar y en el plano político comenzaba una táctica de repliegue. Sin embargo, la salida autoritaria era un secreto a voces.

El Golpe de Estado de 1976 no se inscribe en la necesidad de “aniquilar a la subversión”. Ya estaba herida de muerte. Hay que leerlo más bien como sostiene Tcach (2006; 129) como una *“apuesta a favor del derrumbe institucional, promovida por el gran capital nacional y extranjero (...).”*

El derrocamiento de Isabel era un hecho esperado, lógico. El Gobierno popular, ese que unos pocos años antes había sido plebiscitado con el 62% de los votos- fue vaciado de sustento y de apoyos reales. Isabel cayó frente a una indiferencia estrepitosa y a pesar de que su política de concesiones se asentaba en hacer del golpe un hecho innecesario. Pero las clases dominantes y también la burocracia sindical sabían que el vaciamiento del peronismo suponía en términos electorales la constitución de una alternativa de izquierda, de una reorganización de la clase obrera en otros términos: con comisiones de base, con democracia, con lucha. (Horowicz; 1991) La huelga de Villa Constitución era un modelo, aunque débil. Necesitaban tiempo. Las clases dominantes no iban a permitir que esta expresión se constituyera. Era el momento esperado.

La Junta Militar integrada por las tres fuerzas armadas representa la necesidad de superación de las contradicciones inter-burguesas en la disputa por la hegemonía. Toda la clase dirigente se encolumna tras el Golpe. Todos los factores de poder reales, Iglesia católica incluida, cierran filas para legitimar y estructurar el partido del orden. El Proceso de Reorganización Nacional no puede ser interpretado *“por fuera de un proyecto de transformación a largo plazo del estado y la sociedad que apunta a construir un nuevo orden político estable”*. (Quiroga: 1994; 51)

### ***1.3.2. La conformación de un nuevo orden***

Durante los primeros años de la década del 70 a nivel internacional habían cambiado algunas condiciones. La economía capitalista había vivido un ciclo expansivo sin precedentes que se conoció como “los treinta gloriosos”. A la base de este período de expansión estaba el desarrollo de la industria bélica estadounidense en la década del cuarenta, la reconstrucción de postguerra, el desarrollo industrial de los países periféricos, la carrera armamentista que suscitaba la guerra fría, etc. Este modelo de desarrollo se asentaba en energía barata, salarios elevados, plena ocupación, entre otros aspectos. Cuando comienzan a bajar las tasas de ganancia de las empresas se produce una desaceleración de la economía de esos países. A la base del período recesivo que se inicia en los setenta está el incremento del precio del petróleo y el encarecimiento del dinero. Aumento del desempleo, disminución de los salarios, incrementos en las tasas de interés, aumento de precios, autonomización del capital financiero a través del relajamiento de los controles de los Bancos centrales europeos. Aunque la recesión económica inducida por las políticas monetaristas golpeaba a las economías desarrolladas, había una creciente liquidez internacional. Se visualizó entonces que las acciones especulativas contra las monedas de los países, a través de las diferencias entre los tipos de cambio podían significar un incremento de ganancia superior a otras inversiones y exentos de regulaciones. El negocio de los grandes bancos y corporaciones multinacionales se dirigió a consolidar esta nueva fuente de ingresos. El resultado: préstamos masivos o la deuda externa de los países del Tercer Mundo. A principios de los ochenta, quedaba claro que los compromisos asumidos por parte de los gobiernos que reci-

bieron estos créditos comprometían severamente el futuro de sus respectivos países<sup>2</sup>. *“Los países del cono sur y la Argentina en particular, se incorporaron al mercado financiero internacional mediante la manipulación simultánea de las tasas de interés locales y los tipos de cambio, para atraer capitales foráneos”* (Schvarzer: 1998; 42)

La alianza del segmento más concentrado del capital nacional y de las empresas transnacionales con los militares se abocó a lograr un disciplinamiento social generalizado mediante un cambio concluyente de la antigua estructura de relaciones económicas, sociales y políticas. Había que derrotar al movimiento obrero y las condiciones que propiciaban la conflictividad social. Por consiguiente, el norte de la política era desterrar la fuente del conflicto distributivo que caracterizó el período anterior: había que clausurar el ciclo de industrialización sustitutiva, y con él el modelo de Estado sobre el que se asentaba. Las condiciones internacionales ayudaban. Esto explica la política de apertura externa de la economía. (Torrado; 2004)

*“El terrorismo de Estado fue la condición necesaria para el cambio de reglas en la organización económica de la sociedad y su funcionamiento. El terror y el miedo son las categorías constitutivas del nuevo orden del capitalismo en Argentina, y no el “mercado”, como algunos sugieren”* (Gambina: 2000; 68)

Para lograr la meta de disciplinamiento social se aplicaron distintas medidas. En el plano económico: reducción de los aranceles a la importación, subvaluación de la paridad cambiaria, reforma financiera sustentada en el incremento de las tasas de interés real; eliminación de créditos preferenciales a la industria. Paralelamente se planteó el principio de subsidiariedad del estado en materia económica y social, lo que suponía por un lado transferir parte de sus actividades (servicios públicos y empresas productivas) a la esfera privada; por otro, desmantelar del Estado las áreas vinculadas a desarrollo social. (Torrado; 2004); (Brailovsky: 1982)

En el plano político se desplegó la estrategia del Terrorismo de Estado. Esta singular modalidad de liquidar el conflicto social argentino no puede ser desprendida de varios factores. Un cambio en la correlación de fuerzas en el secular conflicto entre capital y trabajo a escala internacional (lo que en términos prácticos se evidenció en el casi inmediato reconocimiento del gobierno dictatorial por Estados Unidos); la exigencia de la burguesía nativa de concretar un nuevo orden económico que disciplinara finalmente la clase obrera y estabilizara el sistema (mejorando sus tasas de ganancia); el avance de los movimientos de liberación en distintas partes del planeta lo que llevó a dar vía libre a la implementación de la DSN en todo el cono sur.

*“Los campos de exterminio nazis no se explican por el sadismo nazi; el sadismo nazi se explica por el proyecto nazi. Los campos no se sustentan en necesidades militares, no es la guerra la que impone el exterminio sino el modelo de paz, la pedagogía de la cadena, la que precisa tan luctuoso final”* (Horowicz: 1991; 353)

El Terrorismo de Estado, con su modalidad de desaparición forzada de personas, de secuestros seguidos de asesinatos, de suspensión de todas y cada una de las garantías, de apropiación de la vida, los bienes, los hijos de las víctimas, de presos sin procesos, de miles de exiliados, lo que buscaba era no tanto la victoria sobre las organizaciones políticas y militares (que ya, por otro lado habían sido derrotadas), sino algo más profundo: la instalación del miedo como modelo societal, la ruptura de las solidarida-

---

<sup>2</sup> El endeudamiento fue principalmente privado pero ya en el año 1981 se transfirió esa deuda al sector público.



des. La dictadura inventó la sospecha como modelo de vida. En este sentido apostó al quiebre de los prisioneros, a la delación, a los sobrevivientes –para que contaran el horror, para cubrir de un manto de recelo la vida-. En este sentido cobra significación el “*por algo será*”, o el “*no te metás*” tan en boga durante esos años (y los posteriores). El Terrorismo de Estado no se entiende si se lo despoja de la implementación del monetarismo como modelo económico y el individualismo como proyecto político. La lucha por la hegemonía se sustenta en la aniquilación de la experiencia colectiva. En la concreción de una nueva sociedad domesticada en el terror, pero no sólo hacia el poder, sino hacia los semejantes. Y es por esto por lo que es posible hablar de una derrota del campo popular. Porque el Terrorismo de Estado fue mucho más allá de la dolorosa cifra de los 30 mil desaparecidos, los cientos de miles de presos políticos y exiliados.

#### 1.4. La Victoria del Proceso

Después de la dictadura de 1976-1983 todo el universo político ha sido resignificado. El modelo de acumulación sobre el que se asentaban los partidos políticos tradicionales de Argentina; el peronismo y el radicalismo, no existe más. El modelo aperturista (Torrado: 2004) logró transformar la estructura social de modo tal que las élites dirigentes son las grandes vencedoras. No tienen nada que temerle en términos políticos a ese enorme e invertebrado ejército de reserva. La derrota política de la clase obrera fue total y contundente. La domesticación de los partidos políticos, del peronismo en particular, ese movimiento que durante cuarenta años pretendió expresar a los trabajadores, lleva el estigma de la capitulación

La concreción de la democracia en Argentina a partir de 1983 es menos el producto de la conquista popular que de la retirada de las Fuerzas Armadas frente a la debacle de Malvinas. La guerra expresa el intento desesperado al tiempo que la inviabilidad del partido militar de convertirse en opción política. El tiempo de la espada había terminado. Su base de sustentación así lo requería. Había llegado el tiempo de la política, y la política no podía tapar la magnitud del exterminio. La recuperación de la democracia supuso discutir acotadamente los crímenes de la dictadura. No el “para quién” del disciplinamiento social. (Horowicz: 1991) Las principales fuerzas políticas accedieron a este debate restringido. El juzgamiento a los principales cabecillas militares, por sus “excesos” no por su política, tuvo ese sentido. En todos estos años de democracia ningún gobierno constitucional discutió la legitimidad del endeudamiento externo, elemento central del condicionamiento de este país, ni a los beneficiarios del plan económico implementado. El cuestionamiento a la Dictadura pasó por la condena al Terrorismo de Estado. Pero no entender que esta democracia restringida, acotada, es la consecuencia directa del acatamiento al diseño gestado sobre las víctimas de la Argentina de los setenta es negarse a la posibilidad de que otra construcción sería deseable y al mismo tiempo es reactualizar la derrota.

La inestabilidad sobre la que se asentó la política argentina a lo largo de todo el siglo XX, signada por gobiernos democráticos surgidos de las urnas e interrupción de la institucionalidad a través de golpes de estado, ha sido superada. Una de las interpretaciones que cundieron en el horizonte de los años ochenta estuvo planteada en el cambio de registro de la población en el valor de la democracia, en el concepto de ciudadanía. La violencia del tercer gobierno peronista y el horror de la última dictadura habrían significado una toma de conciencia en la importancia de la formación de consensos. Quienes sostienen esta perspectiva explican el triunfo del Dr Alfonsín (UCR) de

1983 como la expresión de esta necesidad de institucionalización, de justicia. El respeto a la legalidad, a las formas democráticas, a la subordinación de las Fuerzas Armadas a la Constitución Nacional. La garantía plena del estado de derecho. El NUNCA MAS concretado en los niveles de conciencia de la población.

La Argentina de 1983 ha visto profundamente modificada su estructura social. Una parte importante de los trabajadores politizados están desaparecidos. La actividad represiva recayó desde el primer momento sobre las comisiones internas de las fábricas, sobre los obreros combativos, sobre aquellos que la patronal tenía sindicados como simpatizantes.

La actividad fabril decayó en el país lo que hizo también decrecer el número de trabajadores. El desempleo abierto afectó a todos los asalariados. Se incrementó en esa etapa el trabajo en negro y hay una serie de dispositivos tanto legales como económicos tendientes a doblegar la conciencia popular.

La Argentina que emerge en el '83 es el resultado de este cambio de país. Es la que expresa la conciencia doblegada. La que sostiene que "la política es el arte de lo posible". No se propone transformar las condiciones de lo existente, sino más bien administrar, lograr consensos que no trastoquen demasiado las condiciones de reproducción de lo social.

### 1.5. A modo de conclusión

Octubre de 1983 significó para miles de argentinos la posibilidad de dejar atrás una de las etapas más infaustas de las que se tuvo conciencia. Sólo en ese sentido el 30 de octubre de 1983 tiene un acento fundacional. En la asimilación por parte de la población, pero también de los dirigentes políticos, de la necesidad de cerrar un ciclo histórico caracterizado por la resolución de los conflictos a través del partido militar.

El horror de la represión opacó el espanto del país pergeñado durante esos años: la transformación estructural y también cultural operada durante la dictadura.

La democracia que supimos conseguir se asienta sobre la impunidad de quienes diseñaron y se beneficiaron con ese proyecto de país. Se asienta también sobre la pérdida de ciudadanía de miles de argentinos que vieron confiscadas sus posibilidades de acceso al trabajo, la educación, la salud.

La derrota del "campo popular"-noción útil para pensar en el heterogéneo arco de grupos sociales y actores políticos que procuró entre 1969-76 vertebrar un espacio contrahegemónico disputando la legitimación y el poder al bloque dominante- continúa más de tres décadas después del Golpe. Se expresa en la incapacidad de formular un proyecto de país alternativo. Se evidencia en la imposibilidad de unificar en un arco político las coincidencias fundamentales para comenzar a revertir una correlación de fuerzas completamente desfavorable. Los partidos tradicionales, alienados en su lógica interna sólo atinan a balbucear la respuesta establecida por los sondeos de opinión. Quizás reconocer los límites sobre los que se asienta esta democracia delegativa constituya un primer paso para *comenzar a ser realistas e imaginarnos lo imposible*

### Referencias bibliográficas utilizadas:

Brailovsky; Antonio; (1982); *Historia de las crisis Argentinas*; Ed de Belgrano; Bs As  
Chomsky; N; (2002); *Estados Canallas. El imperio de la fuerza en los asuntos mundiales*;  
Paidós; Barcelona

- Dutrenit, S (coord); Ansaldi; W; Tcach, C y ot; (1996); *Diversidad Partidaria y Dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*; Ed. Inst. Mora; México
- Gambina, J; Portantiero y ot, (2000); *Tiempos Violentos*; FLACSO; Bs As
- Garretón, Manuel; (1984) *Dictaduras y democratización*. FLACSO, Santiago.
- Horowicz; A; (1991); *Los cuatro peronismos. Historia de una metamorfosis trágica*. Planeta: Bs As
- Lozada,S; Viaggio; J (y ot.); (1985); *Inseguridad y Desnacionalización. La Doctrina de Seguridad Nacional*; Ed DD del Hombre; Bs As
- Negri; A; Hardt, M; (2002); *Imperio*; Paidós; Barcelona
- Quiroga; H; (1994); *El Tiempo del Proceso*; Ed Fundación Ross, Rosario
- Quiroga, H, Tcach, C; (Comp): (2006); *Argentina 1976-1983. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la Democracia*; Homo Sapiens.
- Rouquiè, A., (1986), *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, vol. 2, Hyspamérica, Bs.As.
- Schvarzer; J; (1998); *Implantación de un modelo económico. La experiencia Argentina entre 1975 y el 2000*; AZ edit.; Bs As.
- Tcach, C; (1991), *Sabattinismo y Peronismo*, Ed. Sudamericana, Bs.As.
- Torrado, S; (2004); *La herencia del ajuste. Cambios en la Sociedad y la familia*; Capital Intelectual ed.; Bs As
- Viaggio, J., (1983) *Bases Políticas para las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional*. Buenos Aires, Pleamar